

XVIII

MISTERIOS

A la hora en que M. de Villiers y su fiel Benito, hablaban de dominós, landó y librea, se hablaba también de librea, coche y dominó, en la modesta habitación del general Daniel O'Brien, situada en la calle de Amsterdam, cerca de la barrera de Clichy.

La casa del general, tenía un jardincito, como casi todas las de este nuevo cuartel; en la estremidad del jardín, se elevaba un pabellón en el centro de un bosquecillo de árboles; detrás del pabellón, una puerta de salida daba á la calle de Bruselas.

Hacia tres días que Jorge Leslie ocupaba la cámara principal del pabellón.

El vizconde Enrique, había tenido razón de decir á Benito en su entrevista en Villa de Bel-Air, que la policía misma habría tropezado grandes dificultades para encontrar á Towah el Panie.

Hasta nueva orden, en efecto, Towah no tenía necesidad ni de caberna, ni de selvas para desorientar á la policía.

Towah vivía también en el pabellón.

Había elegido una alcoba estrecha, donde dormía durante el día sobre su cobertor.

No salía de allí, sino en la noche.

Nadie lo había visto entrar ni salir. Los criados del general, ignoraban su presencia.

Por la noche se deslizaba fuera del pabellón, y sin dar aviso á ninguno, saltaba la apia por no pedir la llave; y regresando al despuntar el día.

Jorge Leslie, había trabajado en vano para hacerle cambiar costumbre. El orgullo del indio se había rebelado contra toda idea de disfraz.

Se marchaba con los pies desnudos, envuelto en su manta, y su mechón de cabe-

ALFONSO

UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

llos plantado en medio del cráneo, como un penacho.

Mal continente, preciso es confesarlo, para vagar por las noches en las calles de París, llenas de rondas y de patrullas; pero ninguna ronda ni patrulla, podía envanecerse de haber percibido á Towah en tres noches que este discurría en todas direcciones á su sabor.

A pesar de la nieve que sofocaba, como en una espesa alfombra el ruido de las pisadas de los vigilantes nocturnos, Towah los adivinaba desde muy léjos.

Por allá, los indios, al caminar sobre la crecida yerba de aquellos prados, hacen menos ruido que nuestros sargentos al rondar sobre la nieve.

El oído de Towah, sutil y acostumbrado á percibir los menores ruidos, lo tenía siempre alerta, el paso de sus descalzos piés, no producía ninguno.

Algunas veces, cuando lo juzgaba necesario, se introducía en un recodo, donde se confundía completamente el color de su manta, con el oscuro tinte de las paredes.

Pero qué hacía este pobre Towah á la

luz de los reverberos parisienses? De qué le servían entre nosotros su oído sutil y su penetrante vista? Para estraviarse sin duda, porque para atacar aquí, le faltaban sus armas. Se encontraba perdido completamente en medio de este mundo nuevo para él; no tenía el hilo conductor que guía nuestros buenos ó malos pasos en este inmenso laberinto.

La primera noche había buscado en la nieve las huellas de Mohicano, su enemigo.

En estos grandes senderos, como él llamaba á nuestras calles, las huellas de Mohicano se debían encontrar en alguna parte. Conocía tan bien la impresión de su planta, que juzgaba imposible engañarse.

Pero en estos grandes senderos, hay millares de huellas que se sobreponen unas á otras, y se borran enteramente.

Es necesario el desierto para poder hacer esta caza de hombres. Desde la primera noche, Towah volvió á entrar desalentado.

Pasó la segunda en acechar á los transeuntes y en mirar por entre las celosías en todas partes donde había luz; este medio no le dió mejor resultado que el anterior.

ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

La tercera noche comenzó en el malecon de Orsay donde lo hemos visto en el hueco de la puerta del fortin de Boistrudan, y la terminó con un suceso inesperado.

Towah sabia dónde encontrar á Mohicano y en lo de adelante Mohicano le pertenecia.

A la hora en que entramos en casa del general O'Brien, Towah estaba metido en su tabuco, tirado á la larga en el suelo. El general y Jorge Leslie conversaban en la pieza vecina, alumbrándose por una sola lámpara, cuya luz que proyectaba hasta el tabuco, heria oblicuamente la cara del indio. Tenia los ojos cerrados, la piel de la cara, con algunas desolladuras, aun conservaba la impresion de la pintura, ademas se percibian trazas de dos profundas mordidas.

El perro Mohicano se habia vengado antes de morir estrangulado.

Hay una puerta detras, decia el viejo general, que conservaba fija esta idea desde su entrevista con el vizconde, no olvidéis que hay una puerta por detras de la casa!

—La aseguraremos replicó Jorge Leslie, examinando los papeles que Daniel O'Brien acababa de darle.

Estos eran la escritura de la venta impuesta y la contra-letra.

No soy muy fuerte en materia de negocios, replicó Leslie; M. Lemesle os ha asegurado que esto era bastante!

—Sí, bastante..... pero el vizconde tiene por detras de su casa una puerta.

—Os repito, querido amigo, que ya la condenaremos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Jorge examinaba pensativo los papeles.

He aquí ya á Ellen rica.....murmuró.

—Si el vizconde muere antes que vos, añadió O'Brien.

El vizconde morirá antes que yo!..... es necesario que la hija de Eellen tenga cuanto dicha puede Dios dar á sus criaturas... Os doy gracias con todo mi corazon por el cordial apoyo que me habeis prestado en estas circunstancias.....

—*Begorra! ma Boichal!* como decimos allí en Irlanda, exclamó el viejo O'Brien, hubiese hecho diez veces mas por mi querido jóven; pero de esto tambien tiene su parte mi Elena, por quien estoy loco.....

ALFONSO ALFONSO

UNIVERSITARIA
D. A. N. L.

La idea de que este bribon del vizconde podia ser su marido.....

—Tranquilizaos! quiso interrumpir Jorge.

—Estoy tranquilo, pardiez!.... lo mataria antes con mi propia mano!.... Ahora, mi jóven amigo, dadme mi papel para estudiarlo.... Qué tenemos que hacer?

Jorge dobló sus papeles y los metió en su cartera.

—Siuviéseis una hija, general, dijo con cierta emocion en la voz; respondedme francamente, me la daríais?

—Mi hijo ha muerto, pronunció el viejo lentamente con una voz llena de tristeza; vedme aquí ya solo, hace algunos dias, en el mundo.... Jorge, os amo desde el momento en que os conocí.... En el lecho de muerte de mi pobre y querido hijo, hablamos de vos, él me dijo: "le volveréis á ver, padre, y él será vuestro hijo...." Os acordais, Jorge, de una noche en que os encontré solo y triste á lo largo del malecon del Louvre?.... Nos recostamos sobre el pretil, y os dije: "Vamos, qué diablo! jóven, abridme al momento ese corazon, ó me enfado!...."

—Sí, murmuró Leslie sonriendo, me acuerdo de eso.... hombre escelente! mi digno amigo.

—Me contásteis vuestra historia modesta y tímidamente; porque se creeria que teníais miedo de producir la admiracion de quien os escuchaba.... Vuestra historia, entónces, no era larga.... teníais apénas veinte años.... Despues, habeis atravesado el mar, habeis tenido otras batallas, otros sufrimientos.... Pasados cinco años, os he vuelto á ver, y he leido de nuevo en vuestra alma lastimada.... He buscado en vano en ella el odio, el odio que en vuestro lugar yo hubiera alimentado; yo á quien sin embargo se tiene por un honrado caballero y por un soldado leal.... Desde hace cincuenta años que llevo esta espada, no he encontrado nunca un hombre mas valiente que vos, Leslie.... Leslie, desde hace cincuenta años que corro por este mundo, jamas habia abierto un libro mas hermoso que vuestro corazon!.... Sí, sí, os daria mi hija con el mayor placer, con reconocimiento.... y me haceis sentir no haberme casado de nuevo cuando era aún jóven, por-

ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. E.

que, en efecto, puede ser que tuviera una hija, y entonces sería yo vuestro padre!

Tenia en este momento los ojos cubiertos de lágrimas.

Jorge lo estrechó con visible emoción entre sus brazos.

—Me daríais á vuestra hija, preguntó de nuevo, aun cuando os viniese á decir: lo he matado!

—Con toda mi alma, pardiez! y si yo viese que amábais á mi hija, os diría: toma! rómpele la cabeza á ese pícaro, si tú quieres ser mi yerno!

—Y sin embargo, se interrumpió antes de concluir, tomaría la mano de mi amigo Jorge. . . le suplicaría que me mirase á los ojos, y le preguntaría si estaba seguro de no amar á la otra. . . .

—Ellen! murmuró Leslie, cuya voz tomó un acento doloroso; no. . . . no. . . . ya no puedo amarla!

Su frente se inclinó sobre su pecho.

El viejo general movió la cabeza.

—Vamos, vamos, por qué tenemos estas cuestiones! si yo no tengo hija

—En vuestra Alemania, murmuró Jorge, todos somos poetas. . . . Está pasando en mí una cosa estraña. . . . Habéis visto alguna vez esas dos flores gemelas, cuyos botones se mecen en la estremidad de los flexibles y prolongados tallos del rosal *Regina Victoria!* . . . una de las rosas se abre primero: en tanto que ella ostenta su frescura y sus perfumes, la otra, su hermana guarda en la envoltura del boton, su perfume y los bellos matices de su corola. En seguida, la primera se marchita, muere y cae; la segunda se abre tan perfectamente parecida á la que ya murió, que la vista encantada se engaña. . . Son dos flores ó es la misma flor. . . Yo he tenido este sueño, esta ilusión que dos mugeres podían tener una misma alma. . . .

—Rosales, corolas, almas! murmuró el viejo general, quisiera mas bien un poco de mala prosa inteligible, mi querido hijo!

Jorge pareció despertar.

—Si tuviéseis una hija? replicó

—Todavía! exclamó O'Brien con impaciencia.

—Dejadme acabar, tengo necesidad de

vuestra opinion..... suponed el caso de que yo os dijese:

—He matado á ese hombre á pesar de haber hecho el juramento de perdonarlo....

—Habeis hecho el juramento de perdonarlo, vos! replicó el general levantándose de su asiento.

Ellen tiene una hija, continuó Jorge dulcemente; ella me dijo una vez "y vos haréis á mi hija huérfana?"

—Pues entonces, exclamó O'Brien, hacédme el favor de decirme de qué se trata?

—Me daríais vuestra hija? preguntó Leslie en lugar de responderle.

El viejo general dió una patada encolezado.

—No entiendo de nada! contestó, que vaya al diablo vuestro juramento!..... y sin embargo es un juramento hecho á una muger.... escuchadme Jorge, os prevengo una cosa, si veo que os acercáis sin armas á un adversario armado completamente, yo me retiro....

—Vos sois un hombre capaz de llevar hasta el estremo los sentimientos de caballerosidad, os conozco.

Jorge le tendió la mano.

—Quiero conducirme de una manera digna de mí, dijo, mientras que su bella sonrisa hacia aparecer mas la melancolía de su semblante, digna de los que me aman.... digna de la que me amaré!

O'Brien se paseaba á grandes pasos por la sala.

—Creo adivinar que otra mujer ha hecho desaparecer el recaerdo de miss Talbot de vuestro corazon, dijo de una manera brusca.

—El recuerdo de miss Talbot, no morirá sino conmigo, respondió Jorge; y sin embargo, teneis razon, yo amo!

—Y á quién, pues, amais?

—A la otra flor.

—Ah! escuchadme, exclamó el viejo O'Brien, yo no soy ni aleman, ni poeta!... fuera flores, y volvamos á las cosas serias!... para presentarse al combate es necesario poder herir..... si teneis las manos atadas.....

—Toda cadena puede romperse, dijo Jorge, cambiando de tono repentinamente.

—Mi querido general, prosiguió, hay circunstancias en que es una locura pedir con-

ALFONSO

UNIVERSITARIA
D. A. N. E.

sejo, aun á su mejor amigo.... En este momento Dios solo puede leer en mi corazón.... Para tranquilizar vuestra conciencia, os ofrezco que en el momento del combate tendré armas.... arreglemos ahora los hechos: conoceis bien la embajada del Brasil?

—El duque de Rivas me ha estrechado la mano dos ó tres veces.

—Y la duquesa?

—Es una mujer bellísima, que habla poco, que parece orgullosa, pero á quien yo creo triste. Tengo mas intimidad con ella que con su marido.

—Vos me habeis dicho....

—Que podria proporcionaros un gabinete durante el baile?... el secretario del señor duque ha servido á mis órdenes en los Algarves; me es muy adicto.

—La embajada tiene una puerta que cae á la avenida de los Campos-Eliseos?

—La reja del jardin.

—Cómo se llama el secretario?

—Vieyra.

—Y este señor Vieyra podrá abrirnos la reja del jardin en el momento necesario?

—Así lo creo.... Pero por qué?

—Porque mañana ni el vizconde ni yo debemos salir por la puerta por donde todo el mundo salga.

—Y yo estaré con vosotros?

—Sí.

—Pues entónces, la reja se abrirá.

—En esta reja, cosa de las cuatro de la mañana se hallará una berlina de camino con caballos de posta.

—La berlina deberá contener dos carabinas de dos tiros, enteramente iguales, con doce cartuchos.

—Y esto para mañana? preguntó el general.

—Pues tendremos las carabinas y los cartuchos.

—Towah! llamó Jorge Leslie.

El indio, inmóvil hasta entónces como esas estátuas acostadas sobre las tumbas, y que parecia sumergido en un profundo sueño, se levantó en el momento.

Permaneció mudo y en pié, esperando que su amo hablara.

—Cuántos hombres hay en Mormartre,

ALFONSO

UNIVERSITARIA

en la casa de Mohicano? preguntó Jorge.

—Ocho, respondió el Panie.

—Y á quién deben dar la muerte?

—A este una vez, respondió mostrando á O'Brien; á mí una vez.... á vos dos veces.

El general no comprendió.

Jorge le apretó la mano, y le dijo:

—La amistad de un hombre como yo es una carga y un peligro.

—Solamente quisiera tener á ese pícaro delante de mí en el bosque de Boulogne ó en otra parte, replicó el viejo O'Brien, veinte pasos.... buenas pistolas.... esto es lo que yo llamo un duelo!

Jorge vió su reloj.

—En caza! dijo á Towah, hace tiempo que tú caminas con los pies desnudos.... vamos! ya es hora....

Del pecho de Towah salió un ronco y profundo suspiro.

Su talla pareció elevarse.

Metió su mano derecha por entre los pliegues de su manta, y sacó un largo cuchillo con un mango de palo, brillante y afilado.

Tres veces le dió vueltas sobre su cabeza, y en seguida se puso á bailar, modulando un canto monótono. Era la alegría salvaje del indio que se prepara para partir á la guerra.

En el momento en que el cuchillo brillaba por la tercera vez, dando vuelta sobre su cabeza, Towah se dirigió á la ventana y desapareció en la oscuridad de la noche.

Este debe saltar mejor que un tigre, dijo, O'Brien.

Un grito gutural respondió desde afuera.

Era Towah que desdeñando, como tenia de costumbre, pasar por la puerta, acababa de pasar de un salto la tapia del jardin que caia á la calle de Bruxelas.

—Vamos á separarnos, mi querido general, dijo Jorge.

—No venis conmigo? preguntó el viejo.

—No.... otra persona que no seais vos, debe pesentarme.... nosotros nos veremos á las dos, lo mas tarde.... no olvidéis el vestido húngaro bajo vuestro dominó.... pensad tambien en la berlina y en las armas.... pensad principalmente en vos mismo y estad siempre alerta, porque en lo de

adelante, mis enemigos son los vuestros, y este hombre se ha propuesto asesinaros.

—Estamos en Paris, replicó el general, saldré de aquí en coche.... por mas que digan las novelas civilizadoras, no se asesina así tan fácilmente!.... yo no sé lo que pretendéis hacer, mi querido Jorge, pero estoy cierto, que todo cuanto hagais será caballeroso y leal.

—Hasta la vista. Me reuniré con vos á las dos, en casa de la señora duquesa de Rivas.

Se abrazaron, y el viejo general se retiró.

Jorge comenzó á vestirse al momento; eran cerca de las once.

Jorge, obligado á ser el mismo su propio ayuda de cámara, sacó de un armario un paquete y una caja; el paquete contenia un vestido mexicano bastante rico, principalmente por los bordados de la banda, chaqueta y calzonera.

Jorge besó el bordado de la banda.

—Esta no me hubiera traicionado, murmuró sin nombrar el objeto de su tierno recuerdo. Ojalá pueda antes de morir atravesar el oceano, solamente para verla, arro-

dillarme en su presencia, y besar su mano suave con el respeto que á una santa!....

Puso en seguida las diversas piezas de su vestido sobre las sillas. Antes de quitarse la levita, sacó de una de sus bolsas una carterita, cuya pequeña letra no podia ser sino de muger.

La tuvo algunos instantes entre sus dedos con aire pensativo.

—No conozco esta letra, dijo en voz alta; esto concuerda muy bien con el informe de Towah para ser una red.... Y sin embargo, quién puede escribirme de esta manera? Quién, pues, puede interesarse por mí en este Paris, donde no estuve mas que de paso ya hace mucho tiempo?

El nombre de Elena le vino á los labios.

—Imposible! se interrumpió respondiendo á su propio pensamiento; cómo la señorita de Boistrudan podria.... Además, ella me ha visto ayer por la primera vez!.... soy muy loco!

Abrió la carta que estaba concebida en estos términos:

“M. J. L. debe estar presente esta noche

ALFONSO

UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

en la embajada del Brasil; M. J. L. ha en-
tablado una lucha desigual. Esta noche
cuatro hombres estarán apostados cerca de
la embajada: un landó sin armas, que en-
cerrará dos dominós, el cochero y el lacayo
con libreas de color castaño oscuro, son cua-
tro asesinos. La persona que da este aviso
á M. J. L., lo aguarda en este momento que
son las seis; ella le proporcionará otros; M.
J. L. ha hecho mal en hablar como lo ha
hecho ayer en casa de la marquesa de B.
La persona á quien M. J. L. ha querido
comprometer, quiere reducir al silencio, es-
ta noche, á todos los que podían divulgar
su verdadero nombre, á saber: el general
O'B., M. J. L., el conde A. de R. y el in-
dio T."

Después de haber leído por segunda vez
tan extraña misiva, la admiración de Jorge
había llegado á su colmo. Quién, pues, po-
día conocer estos detalles? Jorge había re-
cibido esta carta pocos minutos antes de la
llegada del general. Las instrucciones que
había dado á este último se resentían de ello.

Ahora que el general se había ido, Jorge

se repetía involuntariamente por la centési-
ma vez esta pregunta:

—Quién pudo haber recibido así la con-
fianza del vizconde? Y suponiendo que el
vizconde se haya esternado con un tercero,
qué interés puede haber tenido éste para
traicionarlo.

Por más que torturaba su cabeza, Jorge
no podía encontrar la solución de este pro-
blema.

Volvió á meter la carta en su bolsa y con-
tinuó vistiéndose rápidamente. Bajo su ca-
misa de cotonía inglesa, bordada de seda
encarnada, se introdujo un cuchillo cubier-
to hasta el mango por una vaina de paja
tejida.

El famoso *cuchillo de oro*, mostrado por
el vizconde en la tertulia de la marquesa,
tenía un estuche semejante.

Cuando se disponía á salir por la puerta-
ventana que Towah había dejado entre
abierta, vió un objeto blanco sobre el hum-
bral. Lo levantó.

Era un billete dirigido á él mismo.
La letra era igual á la de la carta misteriosa.

El billete decia:

“No se ha podido saber nada respecto de los proyectos del vizconde de V..... El landó y los cuatro hombres, deben servir sin duda para alguna emboscada.

“Lo mas seguro para M. J. L., seria sin duda no concurrir esta noche á la embajada brasileña. Se ocupa de salvar al general O'B.”

Jorge se embozó en su capa, tomó un cupé en la calle de Boulogne, y se hizo conducir al hotel del vizconde de Villiers.

—Yo, nada tengo que temer, dijo para sí, hásta tanto le haya dado á conocer al conde Alberto de Rosen.

Sonaban las doce de la noche en el reloj del vizconde, cuando Jorge fué introducido.

El vizconde estaba listo.

Llevaba un vestido completo de *Golden-dagger*; el cuchillo de oro pendia sobre su cuello, de una magnífica cadena.

—Sois exacto, señor, dijo, al ver entrar á Leslie.

Mientras que se apretaban las manos, se miraban los dos atentamente.

Eran dos jóvenes hermosos.

El vestido de los aventureros montañeses estaba perfectamente bien, á la tes morena y á las facciones aguileñas de Enrique.

La vigorosa elegancia de Jorge, resaltaba bajo su vestido de fronterizo mexicano.

—Si nosotros nos hubiéramos encontrado allá con estos uniformes enemigos, dijo el vizconde, uno de los dos hubiera quedado muerto sobre la yerba, querido M. Leslie.

—Es probable, replicó Jorge.

El vizconde lo contempló un instante en silencio, despues continuó:

—Aquí, por lo ménos, somos aliados...

Jorge se inclinó: Enrique llamó y pidió su coche.

Antes de partir se miró en el espejo, y disponiendo la cadena que sostenia el cuchillo de oro á la altura de la mano, dijo:

—Vedme como acepto valientemente la apuesta.... á pesar de mi máscara, nues-

tro hombre debe reconocermé á primera vista.

—Ciertamente, añadió Jorge con una sonrisa singular, al veros así vestido, juzgaria, sin duda, que no le temeis!

Un minuto despues, se hallaban dentro del coche, que tomó á galope el camino de la embajada del Brasil

XIX

XIX

LOS CABELLOS DE LA SEÑOBA DUQUESA.

Era una gran fiesta tiempo há anunciada, y con la que madama la duquesa de Rivas pagaba su bienvenida al mundo Europeo. *Todo Paris* debía encontrarse allí; como dicen los hombres de chispa, que redactan *las revistas de los salones* en los diarios *elegantes*. Se habia prevenido en las cartas de invitacion, que salvo el traje negro en los hombres, y los vestidos de baile en las señoras, toda clase de trajes eran admitidos. Aquellas permitian tambien el dominó, esta emboscada de seda del genio in-

ALFONSO A ALFONSO

UNIVERSITARIA
D. A. N. E.